

# Jugando con taumaturgos

Los secretos de la loma

*Edwin Antonio Gaona Salinas*



---

Ojos Verdes Ediciones

## Biografía del autor

Mis abuelos, Anuario y Maura; Miguel y Sebastiana; mis padres, José y María; y cientos de familiares y coterráneos son hacedores de una infancia ilusoria, como la de mis hermanos, Neli, Alci y Flor, vivida en San Antonio de Las Aradas de Quilanga, Loja, Ecuador; quizá ahí sea la vertiente donde se juntan las aguas de la poesía, corren los misterios de los cuentos y florecen las ilusiones en sus cafetales. Estudié en la Escuela “Cumandá”, el Colegio Miguel Salinas Jaramillo, la Universidad Nacional de Loja y la Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí. De esta última obtuve los títulos de Licenciado en Ciencias Sociales y Políticas; y, Abogado de los Juzgados y Tribunales de la República del Ecuador. Soy casado con Jacqueline Arias Ramírez, con quien tenemos dos hijos, José Luís y Karina Jacqueline. Diré a mis lectores que amo viajar y descubrir lo que perdura en los libros. Sé que no hay veneno para curar ese vicio, pero es el mejor alimento de mi pluma.

Edwin Antonio Gaona Salinas.

**Si volvieran mis zapatos a la esperanza  
de viajar, seguro volvería la dureza  
atropellando mi sensibilidad, para fraguar  
una despedida.**



## *El viejo nana*

La casa vieja estaba en plena prosperidad, poblándose de variados colores con manchas en vegetales microscópicos. Afloraba entonces un color difuminado en verde y plomizo. Amanecía como mercado en feria y la tarde se aplastaba desesperada y se atracada por precios indefinidos en la noche. Todo yacía fluyendo, nunca nadie ni nada fue estático, los mismos muros pudieron hacerse y deshacerse. Las piedras pudieron mullirse y abordar a la vagancia del polvo, también hacedor de sueños y fantasías, compiladas en las mórbidas memorias, viajantes a los aires inalcanzables y a la boca seca. Todos los materiales tenían una edad desbordando un olor a madera en descomposición, mas el tufo del estiércol de chivo y oveja en su contorno escapaba del tentadero para acosar toda nariz inocente; la loma contigua estaba minada de nidos de aves de corral. Toda una vereda limitada de bosque se perfilaba en sus alrededores, mientras la casa en el centro se dibujaba con otras características enmohecidas, llenas de historietas, subsumidas a los árboles muertos todavía verticales.

La vejez de un sinnúmero de refraneros solo contagiaba invenciones ambiciosas al predicar pensamientos remembrados en los desórdenes, orientados a soluciones ardientes e ilustres, desde una tertulia de corazones subyugados

por la clemencia del tiempo y las canas caídas, añorando el piso y sucumbiendo en fantasía. Quizá fue que todo estaba predestinado a germinar, incluso de accidente resbalaba a nacer en el fértil surco de la sementera, en el canal del pozo, en el vientre de la loma, en la sombra del árbol, en la madriguera de la fiera o de cualquier cosa viva o inerte que estuviera liada al milagro de la vida, arrullado por ese universo frágil de la casa vieja y el campo pasivo, para cosechar, aunque sea sueños. Si áridas eran las tierras no era extraño ver a alguien cosechando piedras. El milagro de la vida hacía germinar todo cuanto tenía tierra.

La casa siempre era la doble atracción, con tejas negras, rústica, perfeccionada con algunos avispones colgando hasta las vigas envejecidas hacia abajo y con increíbles matices de plantas hacia el cielo, implementando, al mismo tiempo, peligro y belleza. Varios cantos zoológicos tronando a esperanza de comida se escuchaban de los depredadores, intranquilizando a los cabritos y corderos cautivos, con el corazón y los ojos chispeantes. Aunque el rebaño buscaba sentirse seguro con el murmullo de la radiola, el corral no brindaba nada de aquello, pero sus integrantes lucían orgullosos como si la vida presente no les importara nada ante el futuro incierto en las fauces felinas. Los muchachos de aquella residencia apoyaban en la defensa roncando escandalosamente, mientras jugaban con pedazos de vegetales, simulando carruajes en una idea de caminos dibujados por el centro de otros, dirigidos a la madriguera de miles de hormigas, bajo el pasto, bajo la sombra minúscula de otro olimpo, destinado ampliamente a los seres diminutos, que renacían en ideas penetrantes con figuras puras. Todos respaldados por el fogón espantando las bestias.

La morada de los muchachos distante entre otras se salvaba de abundantes polvaredas, asoladoras en la plaza del pueblo. Estaba realmente separada —con kilómetros—, medidos contando pasos de hombre, con estatura promedio. En plena sequía veraniega todo se arrasaba de chamizas con invasiones polvorientas. Así el paisaje se nutría mientras asomaba la madre con la falda volando al aire y la carga de leña que dominaba su consistencia muscular, sino débil, muy pequeña para el volumen en los hombros. Escena rodando tormentosa a diario, repitiéndose esclavizante con ataduras de amor eterno.

La madre siempre estaba dando de almorzar a los peones en el campo y, al mismo tiempo, aumentando la pilada de leña con troncos viejos que particularizaban lumbre. Era una figura asombrosa, menos sofisticada que una lámpara de neón, pero mezclada con el efecto húmedo de madera podrida y polillas de media noche, resultando lumbre tenue. Aunque a medio día, al calor tórrido, resumía un fastidio desde el corazón de los maderos, con coleópteros arrojando música lasa y zumbidos arrugados, perturbadores y profundos desde la boca de sus madrigueras, destrozando cualquier paciencia de monje —tanto así— que a golpes y retozones se sacaba un poco de dulce desde las colmenas para aliviar la presión baja, poniendo los pies de la madre fuera de los témpanos de soledad, en las tardes de nervios.

La ubicación de aquella residencia, hacía un verdadero aposento para las adulaciones, era una figura discordante con lo cotidiano, un recodo de milagros vivientes esparcido a libertad completa. Una planicie no muy condescendiente con las paredes agrestes y sesgadas de la loma. Otra figura rompía bruscamente un cultivo verde dibujado con parcelas rectas, trilladas a piola en ideas decorativas de huertos de



## *La inventiva literaria*

En sus primeros días de jubilado, mientras se había dedicado a recuperar alguna parte de sus noches de insomnio, cuando ya había perdido toda posibilidad de sueño, luego de ordenar sus espacios de ocio, tratando de escribir poesía y prosas cortas, como si fuera un muchacho ensimismado a los sentimentalismos, por supuesto, que pudo fulminar algunos despachos de cursilerías, alejados del motivo de sus pensamientos, y también algunas verdades que nunca las pudo destruir por cuanto afloraban un sistema de recuerdos tan íntimos y diáfanos, así hubieran estado horribles, dañando las reglas de la escritura, él, no las hubiera destruido por nada, las puso siempre como una parte primordial de su biblioteca de borradores absurdos y esperanzas destinadas al sueño eterno.

El gran paquete de papeles escritos con letra de diploma en mayúsculas decía:

*Las prosas que no entiendo:*

*Todos tenemos una esquina que se aleja tornándose reconocida en el recuerdo, la tenemos un día..., toda la vida y alguna vez la olvidamos, cuando a pesar del tiempo, al final de la vida la volvemos a recordar, se cruza el color de ayer, dejando un muro desbordado al ensueño. Así adornamos frases que se asemejan al poema de un amor reverdecido, y, de pronto, se convierten en las cursilerías que nadie las entiende, alguien*

*deja de soñarlas, la moda las fulminó, la actualidad las hizo estúpidas, quizá es un simple cliché que me hace feliz pero el hoy no me da tiempo para corregir.*

*Sabemos que una canción es lo vivido del amor, sin embargo, nos arrastra a una exaltación del ruego, a una estampida de lágrimas y a pesar de ello, rogamos con palabras que hasta el viento las rechaza, porque una lágrima puede ser también una hipocresía si no la entienden, como la entiende el llanto.*

*Escribo para ti, ese amor que nunca llegaste a ser: Probablemente escriba una metáfora y se confunda en lo que dejan las acuarelas, y aquella no sea entendida como la figura excelsa que creí que fuera. Así como la casta huye de la naturaleza de una raza olvidada, así puede decirse, la frescura escapa alguna vez del color de los lirios. Especialmente, si los lirios son una sonrisa o esa efímera alegría de tus labios rojos.*

*Tengo auroras escapándole a las lágrimas, tropezaron con el tiempo cuando nacieron tus ojos y vivieron resentidas con tu color azul...*

*No sé dónde camufla el dolor, mi llanto, cuando tengo la sonrisa tuya, pura, asilada solo para tus mejillas. No sé qué pasó con los arcos de tus pestañas donde viven endiosados tus iris, ellos dejan distantes y abandonadas mis fuerzas, fuertemente respiran por ti, ríen por ti, fingen por ti y mueren por ti, sin que tú hayas siquiera dirigido un gesto de alivio a mi vida entregada para ser abandonada por ti. Eso, no lo entiendo.*

*Busco el sosiego para la inconformidad de mi alma y me escapo de las ideas, como lo hace el graniço buyéndole al calor del cielo, aunque se adentre en la calentura de la tierra, igual lo disuelve, pero le regala un segundo de existencia en tierra firme. Busco ese segundo, ese tiempo que me falta para completar mi existencia, contigo, aunque sea con tus ojos que no parpadean por mí.*

*Vivo escapando de las garras de mis palabras, porque llega el momento de ser salvaje y no me entiendo, amo la libertad, lucho por ella, me revoluciono por las palabras que me esclavizan, algo así como no lo*